

SEMANARIO INFANTIL

HECHAS y PELAYOS

POR EL IMPERIO HACIA DIOS



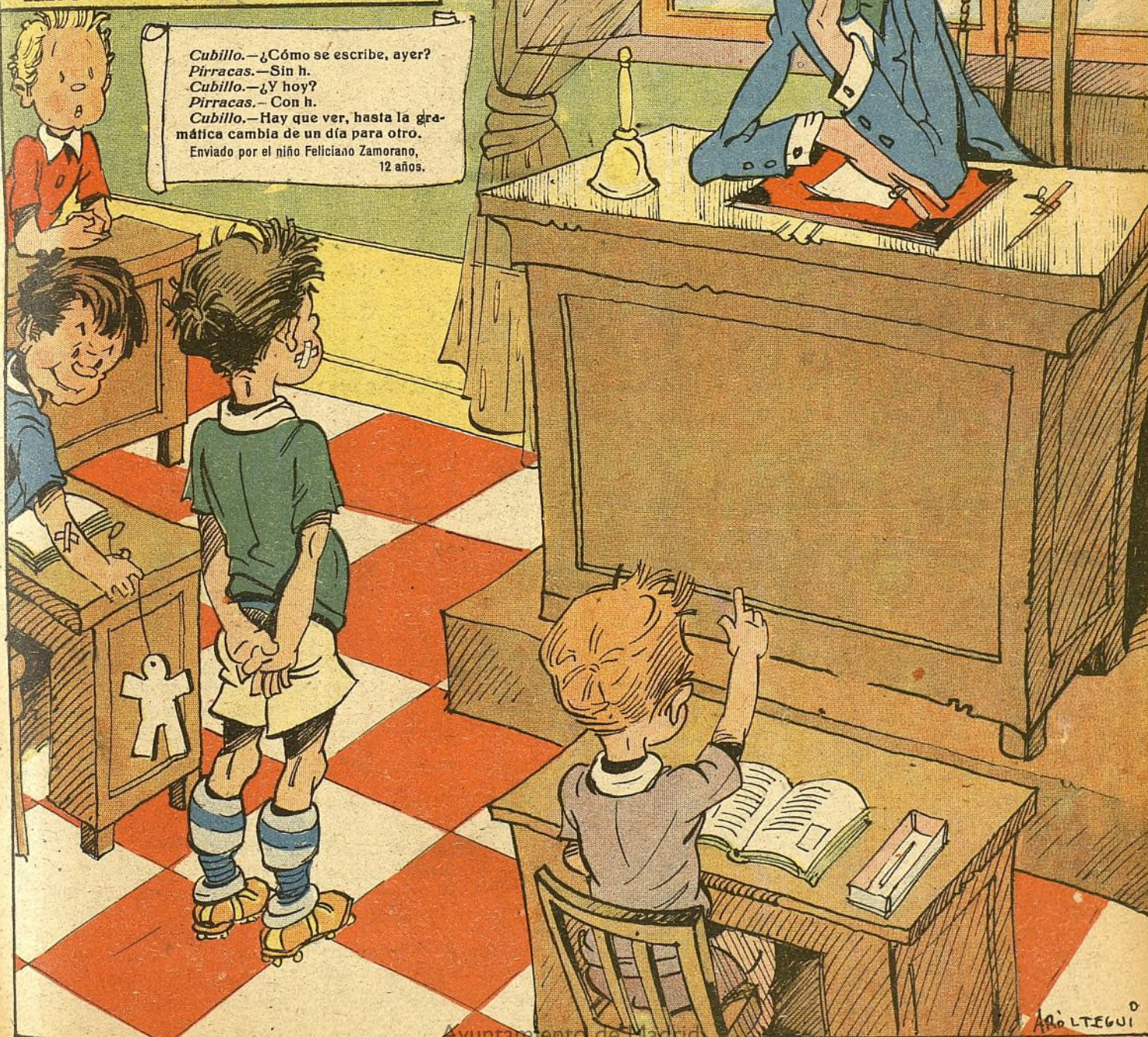
DELEGACIÓN
NACIONAL
DEL FRENTE DE
JUVENTUDES

50
CTS

20 DE AGOSTO DE 1946

REDACCION Y ADMINISTRACION:
CALLE DE QUIÑONES, 4 y 6. TELÉF. 35488

AÑO IX • MADRID • N° 398



Cubillo.—¿Cómo se escribe, ayer?
Pirracas.—Sin h.
Cubillo.—¿Y hoy?
Pirracas.—Con h.
Cubillo.—Hay que ver, hasta la gramática cambia de un día para otro.
Enviado por el niño Feliciano Zamorano,
12 años.

ARTEGUI



Deportes



Galería



Estamos en plena actividad ciclista; por ello, las figuras destacadas tienen motivo para aparecer en nuestra «Galería».

Después de los Langarica, Trueba, Defio, Berrendero, Gual, etc., que ya aparecieron en esta columna, conviene ir presentando a las otras, figuras de los que vienen apretando, que son ya, o serán pronto, los sucesores de los citados.

Tal es el caso de Bernardo Capó, cuya es la foto que hoy publicamos.

Capó es un corredor mallorquín de indudable clase nacional, que cuenta en su haber con numerosas victorias y que en el mes de julio último, ganó la I Vuelta a Burgos, en lucha con figuras destacadísimas del ciclismo español. Buen trepador, es sobre todo un excelente corredor de llano, con fondo nada común.

Fijáos en él, que ha sonado y sonará más todavía.

Intena

Aunque un poco tarde, recordemos en ciclismo, que Bernardo Ruiz (la revelación del pasado año), se ha proclamado en el actual, campeón nacional de fondo en carretera.

Y de la misma manera diremos, que el Málaga y Levante son los clubs ascendidos a Segunda, junto con el Baracaldo.

Y que el Deportivo Alavés, se proclamó campeón de la Copa Federación.

Enhorabuena a todos... y que sepan triunfar en lo sucesivo, como hasta ahora.

Un rato a entrenadores.

Los destacados que cambian de club, son: Zamora (al Celta), Albéniz (al Madrid), Vidal (al Aviación), y Peña (al Gijón).

Casi todos los demás equipos, siguen con los que tenían. Dirán aquello de que «más vale lo malo conocido»...

Por contraste, el Valencia sigue deshojando la margarita: ¿Gamborrena? ¿Pasarín? ¿Iturraspe?

¿No sería mejor comprar una máquina de meter goles por cara que fuese?



II CONCURSO DEPORTIVO

CUESTIONARIO

1.-¿Quién es este campeón español?



2.-¿A qué club español de Tercera División pertenece este escudo?



3.-¿De qué jugador es el trozo de caricatura que nuestro dibujante no terminó?

4.-¿Cuántos metros miden exactamente las porterías de Fútbol? (distancia interior entre los dos postes)

5.-¿Cuál es el verdadero nombre de aquel delantero centro llamado «Travieso»?

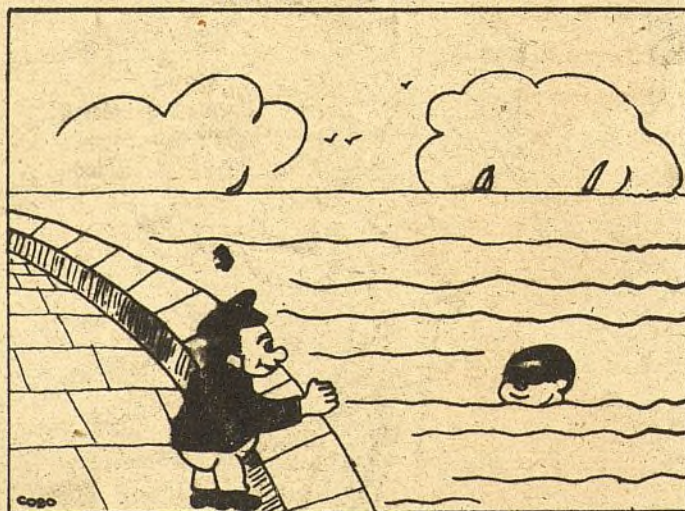
Concursante.....

Señas.....

PREMIOS EN METÁLICO

PRIMERO	Ochenta pesetas.	SEXTO	Veinte pesetas.
SEGUNDO	Cincuenta "	SÉPTIMO	Veinte "
TERCERO	Cuarenta "	OCTAVO	Quince "
CUARTO	Treinta "	NOVENO	Diez "
QUINTO	Veinticinco "	DÉCIMO	Diez "

"RECORDMAN" A LA FUERZA



—¡Magnífico; 90 horas en el agua! Ya ha batido el «record»! Puede salir cuando quiera.

—¿Salir? ¡Pero si es que he perdido el traje de baño!

Ayuntamiento de Madrid

II CONCURSO DEPORTIVO

BASES

a) Podrán participar en este concurso todos los lectores de FLECHAS Y PELAYOS, con sólo recortar y rellenar el cuestionario adjunto, contestando a las preguntas que en él se hacen, y remitiéndolo por correo a: FLECHAS Y PELAYOS. (Para el II Concurso Deportivo). Quiñones 4 y 6. MADRID.

b) Cada pregunta bien contestada, será calificada con 10 puntos. Si la contestación fuera muy aproximada, pero no exacta, se bajaría dicha cifra, según los errores de aproximación de la contestación. Las respuestas desacertadas, no tendrán puntuación alguna.

c) Sumados los puntos totales de cada concursante, aquellos diez que totalizaran mayor número de aquellos, serán galardonados con los diez premios citados en otro lugar de esta página. Naturalmente, la clasificación de estos diez concursantes entre ellos, será correlativamente al número de puntos obtenidos, de mayor a menor.

d) En caso de empates en la puntuación, se procederá al oportuno sorteo entre los igualados, para que la suerte decida los ganadores.

e) El cuestionario adjunto, se publicará en nuestra revista, durante tres números consecutivos.

f) Cada concursante podrá enviar el número de cuestionarios rellenos que desee.

g) El plazo de admisión de soluciones, se cerrará el día 15 de septiembre de 1946, a las doce en punto de la noche.

h) Todo concursante, por el hecho de presentarse, se sobreentiende que acepta sin discusiones la resolución del jurado calificador que en su día se nombre.

DOCTRINA ESTILO

VUESTRO ÁLBUM

FLECHAS Y PELAYOS no repara en sacrificios con tal de hacer lo más agradable posible la vida de sus cada vez más numerosos lectores. Basta repasar la colección de nuestra popular revista para convencerse de que un noble afán de superación preside cada uno de sus números. Ya no nos basta con tener los mejores dibujantes y narradores de España, los más graciosos especialistas en el arte del entretenimiento, las más fantásticas imaginaciones puestas a vuestro servicio.

Sois vosotros mismos

los que colaborais en muchos casos y para vosotros se hizo la popularísima página de «Ingenio infantil». Pero ni aun así estamos conformes. Queremos

más todavía. Los personajes

de FLECHAS Y PELAYOS desbordan a sus propios creadores. Es menester un marco más amplio donde queden grabados para siempre, donde no se limiten a sus aisladas ocurrencias, donde participen llenos de su propia emoción y de su personalísimo gracejo en una

gran aventura que forzosamente tiene que ser lo más original que se ha hecho en este género, lo más artístico, lo más lleno de intriga para nuestro público infantil. He aquí la justificación del álbum que en breve pondremos a la venta.

No un álbum más de tipo más comercial que pintoresco, sino el álbum de FLECHAS Y PELAYOS: la narración de una de las plumas más ilustres de nuestro tiempo y,

a su servicio, los dibujos de los mejores dibujantes de España: los



dibujos de la gran familia de personajes de FLECHAS Y PELAYOS.

Algo maravilloso en manera que conservaréis siempre como uno de los más preciados tesoros de vuestra niñez.



OBSERVÓ un día el dueño de una fábrica inglesa de tejidos que, por un desperfecto de uno de los telares se producía en lugar de un tejido liso, una tela algo floja, en la que se rizaban los hilos de la urdimbre.

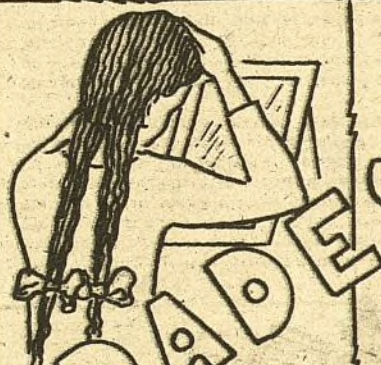
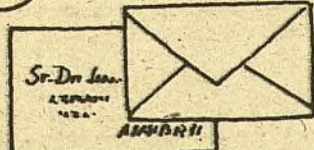
Casualmente, se secó las manos con un trozo de aquella tela defectuosa.

Y se asombró al ver que enjugaba bien el agua y lo suave que era.

No arregló entonces el telar, que siguió haciendo aquel tejido, del que se hacen las TOALLAS.

SOLO desde el año 1870, comenzaron a usarse los sobres para la correspondencia, tal como los que actualmente se emplean.

Se dice que fué un comerciante inglés el que ideó esa protección para las cartas.



A humanidad va perdiendo el cabello de un modo alarmante.

Antes eran comunes las cabelleras abundantes y las trenzas largas.

Ahora, es rara la persona cuyo cabello largo, llegue algo más abajo de los hombros.

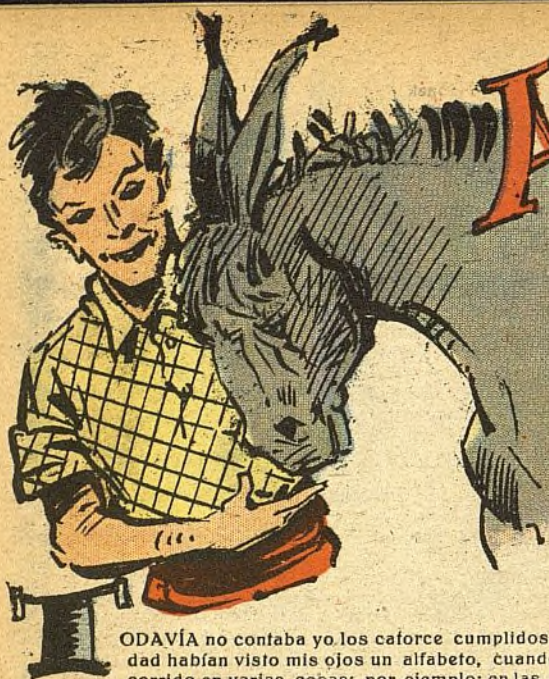
Y no es, porque la moda exija el cabello corto, sino por que la fuerza del crecimiento del cabello disminuye cada vez más.

NECRÓFOROS o enterradores se llama a los coleópteros que tienen la curiosa costumbre de enterrar a los animales muertos que hallan, como ratones, topos, pájaros, etc.

Se reúnen varios y cavan la tierra bajo el cadáver hasta que este se hunde en el agujero que han hecho.

Luego echan sobre él la tierra que sacaron y queda tapado.





AGUA FUERTE

DE
SALVADOR
RUEDA

año—dijome mi padre, y yo me quedé reflexionando en que no necesitaba aprobar muchas asignaturas para aparejar una bestia, echarle encima dos tercios de cajas de pasas, clavarme la vara en el cinto y decir: «¡Arre, burro!».

Adiós mis religiosos amores con la Naturaleza, adiós mi perpetuo somnambulismo de poeta-niño, embelesado y absorto ante las sangrientas agonías del sol, ante las líneas fantásticas de las cordilleras, ante los cañaverales que sonaban como flautas de un idilio, ante los hilos de las arañas tramados como redes de luz, ante el misterio indescriptible de los nidos, de los olivos en flor, de las fuentes con su rezumar músico y sonoro, de las

ODAVÍA no contaba yo los catorce cumplidos, y ni por casualidad habían visto mis ojos un alfabeto, cuando ya sabía leer de corrido en varias cosas; por ejemplo: en las hojas de un árbol, en la página movable de una fuente, en el brillante fondo de un crepúsculo.

¡Qué educación tan extraña la que me tocó en suerte! Aprendí «administración» de las hormigas; «anatomía», desollando, con evidente crueldad a las lagartijas; «historia natural», admirando el vestido de los insectos; «astronomía», mirando las musarañas; «náutica», cruzando a nado grandes distancias del mar que rompe en mi país; «antropología», visitando las grutas en persecución de las águilas; «música», oyendo los aguaceros; «escultura», buscando parecido a los seres en las líneas de las rocas; «color» en la luz; «poesías», en toda la Naturaleza.

Efecto de mi perpetua soledad en frente de árboles, ríos, mares y montañas, llegué a tener amores, a los catorce años, con todas las mariposas que deslumbaban mis ojos, con todas las fuentes que me dan de balde su música y con todas las lelandas del cielo que se teñían de púrpura para morir.

Pues bien: en estas condiciones yo tenía un burro.

Un burro retozón, inquieto, vivo, flexible maravilla sus gustos, que eran no trabajar y andar de cañada en ladera tras de los buenos y abundantes pastos.

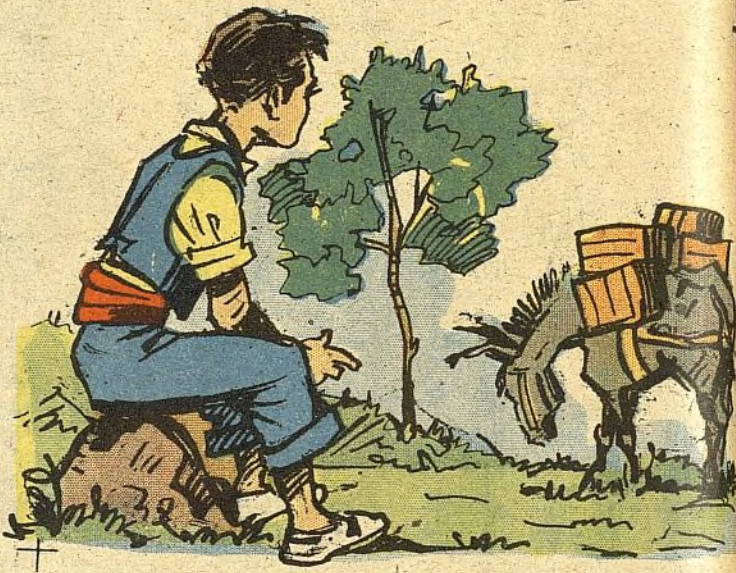
No he conocido a una sola persona que no fenga los mismos gustos del burro, si se sustituye lo del pasto por «el pan nuestro de cada día». Cuando de un salto me montaba sobre los lomos del asno, él ponía en ejecución los compases más armoniosos de su paso; iba orgulloso de mí, como un gran elefante que condujera sobre el enorme dorso una carga de riquezas. Yo le buscaba hierba, lo llevaba a abreviar en las pozas más claras, lo guarecía en verano del sol metiéndolo bajo las higueras cargadas de cigarras, lo soleaba en invierno buscándole los sitios abrigados del aire...

El excitante de un terrón de azúcar, de un pedazo de pan, de un manojo de saludables espigas, lo hacía acudir a mi llamamiento y hasta, lamerme las manos. Con este trato compasivo, el burro brillaba como una joya: su pelo era de seda; su agilidad, extremada, su «entendimiento», casi humano, pues había aprendido a ser trapacero, ladrón malicioso, y más cosas propias de nuestra especie; y me tenía «agradecimiento», pero no respeto, y de ahí que me jugase muchas malas pasadas. Mi rocín era el más notable de todos los rocines del pueblo.

Pues esta alhaja en clase de burros, este mimado animal, llegó un día en que en mi casa, en mi pobre casa, hubo necesidad de venderlo. ¡Qué tristezas se quedaron los campos sin sus juegos desalentados y locos! Yo no sabía qué hacerme durante los primeros días, en la soledad de mis montañas, sin aquel bruto a quien cuidar y a quien coger los más frescos haces de hierbas. ¿A dónde había ido a parar? Ni siquiera quise averiguar quién adquirió aquella bestia criada por mí en las praderas verdes y hermosas. ¡Pobre Careto!

Pasó el tiempo. Mi padre decidió echarme a arriero, determinó a lanzarme a esa vida trabajosa y horrible en lucha con las bestias y con las pobreza y contrariedades del mundo.

—Prepárate, porque te echarás a la carretera este



cuenca llenas de lobregueces y de miedos... ¡Adiós a todo, porque de la obra de mi vida había acabado el acto de exposición e iba a empezar el del drama!

Llegó el día en que me armé arriero andante, y muy antes de que viniese el alba, ya tenía yo puestas a la vereda las caballerías que a la sazón había en la cuadra, cada una de ellas con sus ocho cajas a los lomos, y dispuesta a salvar las cuatro leguas que había de mi pueblo a la por mí tantas veces apetecida Málaga.

Era aquella salida el primer vistazo que yo iba a dar al mundo, la primera vez que iba a asomarme al panorama de lo espléndido y vario, y mi corazón porraceaba como campana por la emoción de tantas maravillas.

Acostumbrado a no separarme de mi aldea, a pasar los años haciendo vida de embelesamiento y de contemplación a la orilla de los hormigueros, y recibiendo en el alma, como una esponja abierta, todos los sagrados misterios de la tierra, yo no sabía qué era el mundo, qué era el comercio de los hombres, qué eran una máquina, un vehículo, un palacio, un inmenso cuadro de seres.

Pronto iba a descorrerse la cortina, pronto iba a rasgarse el telón maravilloso, para que cayeran mis ojos sobre tantos prodigios.

Batieron las bestias con los cascos el suelo, me despedí de mi madre, que lloraba; de mi padre, que me daba ánimos; de mis hermanos pequeños, que me decían con voces de ángeles:

—¿Qué me vas a traer?

—¿Y a mí?

—A mí, pan blanco.

—A mí, un sombrero.

—A mí, una guitarra.

Todos estos encargos me hacían mis pequeñuelos, y partí.

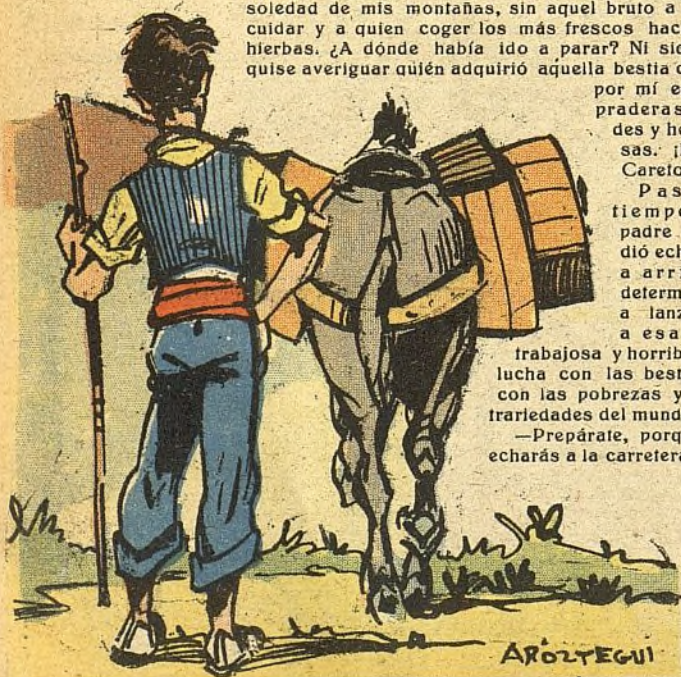
Partí palpando con los pies y manos las piedras puestas de punta de los caminos, pues era aún de noche, dejándome turdigas de los dedos en las breñas, cabellos en las zarzas, sangre de mi cuerpo en la tierra. El sentimiento tenía un nudo en mi garganta. Gané la distante sierra oyendo el resoplido de las bestias, que venteaban en la sombra la senda y «adivinaban» el camino, rodeado de vertientes horribles. Por fin, roqué la más alta cresta. La luz de la mañana alumbró débilmente el lejano pueblo, la aldea llena de mis alegrías y tristezas. Di un adiós a aquel aliar de mi niñez, que se «acristaló» a través de mi llanto, y transpuse la cordillera.

Ya estaba dentro del mundo.

Sin preparación alguna, de pronto, inesperadamente, surgió ante mí deslumbrada vista un portento, «un prodigio azul», una maravilla soberbia: era el mar, que se extendía cantando su gloria en el fondo de aquellos bastidores de montañas, y un pueblo de olas rodaba por una superficie, amotinadol revuelto, corriendo a estrellarse con desalentada furia en los peñascos. Mi corazón aceleró su latido a la vista de cosa tan grande.

Había yo visto el ritmo tipográfico de las líneas en una página de versos, y las olas, con su euritmia sonante, con su compás grandilocuente y magnífico, me parecieron versos también, versos del poema de Dios.

En las viñas que en hileras interminables se abrían en grandes lienzos verdes a uno y otro lado creí ver también el ritmo, el verso, la armonía del mundo, a la cual lo creía todo sujeto. Los árboles plantados a compás, las filas de dulces cañas, el telégrafo con sus palos a iguales distancias, el paso uniforme de las cabalgaduras, la cadencia de las coplas que los arrieros entonaban en la carretera por donde iban hacia la capital veinte pueblos con los productos de los campos: todo penetró en mis oídos como una armonía magnífica y grande, digna de la idea que yo acariciaba del mundo y de sus seres.



ARÓTEGUI

Ayuntamiento de Madrid

Fascinado por el canto robusto y valiente de la vida, vi pasar pueblos alegres delante de mis ojos, vi cruzar como relámpagos las atronadoras diligencias, con los estrépitos y fanfarrias de su cascabelería loca y triunfal; oí acentos distintos, contemplé rostros diversos, me llené de sagrado terror ante los barcos que surcaban las olas con el juego de sus turgentes velas al viento, y percibí allá, del lado de la capital, un grave concierto de campanas bronzas que me hablaban de una soñada Babilonia, de algo des-



mesuradamente grandioso que se esfumaba en los límites de mi ensanchada y palpitante fantasía.

De pronto, entre aquel anchuroso río de bestias y cargas, cayó uno de los brutos más débiles, uno que llevaba más peso del que podía soportar; tan extenuado y mísero se hallaba, tan consumido por el excesivo trabajo y de tal modo se acusaba el engranaje de sus huesos a través de su piel en carne viva..., que arrancó una carcajada brutal de cuantos lo vieron caer en tierra.

—¡Eh, tú, aprovecha el esqueleto pa un guijarro!—dijo al dueño del animal caído un arriero que pasaba.

—¡Ea, tápale la boca pa que no se le vaya el espíritu!

—No le tires del jopo, que te vas a quedar con él en las manos.

—Entónale un responso.

—El ha ganao; angelitos al cielo.

—Con jerráuras y to va entrá en la gloria.

Todas esas frases de «misericordia» fueron dirigidas a aquella fuerza que cesaba, a aquel impulso noble que caía, a aquel pobre animal explotado hasta hacerlo dar bajo la carga.

El dueño, que montaba en otra bestia vacía, dijo:

—Lo quería apurar de una vez, y le eché tanta carga, que se le han quitao las ganas de vivir.

Y con la ayuda de varios hombres fueron apartados carga y aparejo al caído y colocados sobre otra bestia, que el dueño llevaba a prevención.

Al quedar desnudo el flaquísimo asno, redoblaron los dimes y diretes.

—Ya pués arrancarle la piel pa un mapa.

—¡Zi; aquella mataúra ez América; la otra Zabastopó; la e más ayá, la China; toas las partes del mundo las yeva y no ha poío con una carga e cajaz.

De la chacota pasaron los que detrás venían a los golpes de vara. Uno le dió dos palos tales en la cabeza, que el animal hizo por huir de la muerte; otro hombre le cortó el hopo, y dijo que era para un relicario.

El dueño siguió adelante, sin cuidarse más del burro que de lo que en Roma estuviese pensando el Papa.

Súbitamente oyóse un gran tumulto que venía en medio de la marejada de gente: eran arrieros borrachos. Provisto uno de una larga calabaza llena de vino, que dijo era el hisopo, regó el cuerpo del asno y cantó con voz profunda y cavernosa:

—Pazter nozter!

—Dominuz bobizco!—respondieron todos los hombres a coro.

Y empezaron a simular unas exequias.



—E ne no zen du cazi tentazione!

—Ze liberabiz á malo!

y cayó sobre aquella pobre bestia, que había agotado su vida en servir a la especie humana, la más espesa lluvia de palos y patadas.

—¡Aparta, infeliz!

—Buzadi orazione meal!

Nuevo aguacero de varazos, más recio y firme que el anterior.

El animal, en las ansias de la muerte, movía la cabeza como un péndulo y sangraba por boca y orejas.

Pasado un instante, sacaron los arrieros los cuchillos.

—No—dijo uno de los borrachos—; antes vamos a atarlo con una zoga a un carro pa que lo arraztre.

Y en menos tiempo del en que se dice, fué amarrado a un carro, cuyo dueño consintió en que fuese atado el moribundo, no sin abrir el bárbaro carrero, con una carcajada espantosa, su boca brutal y salvaje.

Entonces ocurrió una cosa imponente: al ritmo de una canción canallasca entonada por trescientas gargantas roncadas, se precipitó el torbellino de hombres detrás de la carrera desalentada del carro, revolviendo en el aire las varas, poniendo los brazos en alto, al aire los torsos membrudos, y revueltos en una tromba de polvo.

Rompióse la soga de que iba amarrado el animal, y el tropel pasó por cima en amontonamiento espanto.

Yo caí revuelto con el torbellino, que me había llevado en vilo sobre la carretera.

El burro todavía respiraba.

Para acabar con él, levantó uno de los hombres la mano, armada de un largo cuchillo, y lo hundió en el cuerpo exánime, hasta el mango. La acción provocó una carcajada.

Ciego ya por la indignación más terrible, convulso hasta castañetear los dientes de coraje, tembloroso de pies a cabeza y trepidando en un erizamiento nervioso, me arrojé, con mis quince años, en medio de aquel círculo de fieras, y evité la segunda puñalada al burro, que ya venía relampagueando por el aire.

—Si alguien vuelve a tocarlo, tiene que matarme antes a mí.

—¡Ay el mocete!—exclamó el de la ensangrentada hoja, algo sorprendido. —¿Ez uzted acaso pariente suyo?

—No; lo defiendiendo para que no quede usted huér-fano.

Sentí que me daba con la cabeza el asno y me



volví. El animal me lamía, con su lengua llena de sangre, los pies.

Sucedió entonces lo más extraordinario. Al hallarme cerca de la bestia, al tocarla, al hacerle, por un movimiento de memoria mecánica de mis manos, las caricias que le prodigué tantas veces al burro que yo crié en las faldas de mis montañas, el que estaba caído al lado mío se estremeció, lanzó un gemido con más expresión de dolor que pudiera lanzarlo uno de aquellos salvajes, y me dirigió una mirada en la que parecían correr lágrimas.

—¡Caretó!—exclamé, reconociendo al pobre animal de mi aldea, el cual había visto en mí a su antiguo amo.

Sobreponiéndose, en un último esfuerzo, a la muerte, casi logró alzarse de la tierra; pero vacilaron sus patas endebles, lejó ir un caño de sangre por la herida, volvió a lamer mis manos, y murió.

Después todo aquel río de gente siguió su camino hacia Málaga con la algarazara y la alegría de quien va en una fiesta atronadora.

* * *

Este fué mi primer asomo al mundo, la primera impresión que de él recibí. Y desde entonces, cuando caen en el surco de la vida un hombre de fortuna o un mendigo, un artista o un rey, veo que con palos o con piedras, con lenguas o con plumas, correr a acabar con ellos el salvaje tropel de lobos humanos.

F I N

LAS EXTRAÑAS AVENTURAS de SHERLOCK LÓPEZ y WATSO DE LECHE

UN ASESINATO INVISIBLE

por GABI



LA ENEIDA

(CONTINUACIÓN)

VI.—La embajada de Júpiter

Bajo las acechanzas del Dios Cupido, que interpretó a las mil maravillas el papel encomendado por Venus, no tardó la infeliz reina en sentirse enamorada del caudillo troyano, perdiendo todo el amor que antes profesara a su esposo muerto.

Y sucedió que enterada Juno del mal que aquejaba a Dido rápidamente se la ocurrió un nuevo ardid para impedir que los troyanos se estableciesen en Italia, consistente en casarla con Eneas, pues de esta forma tendrían que quedarse definitivamente en Cartago. Y con objeto de poner en práctica sus maléficos planes fué en busca de Venus, su enemiga, y cuando la halló la dijo:

—Ya he visto que temías que la reina pudiese cambiar de parecer, puesto que has tenido que valerte de Cupido para lograr tus planes. Orgullosa estarás de haber vencido a una indefensa mujer. Pero no vengo hasta tí para recriminar tu conducta. Quiero que seamos amigas y cesen nuestras querellas. Tu ciudad predilecta es Troya; la mía es Cartago. ¿Porqué, pues, no casar a Eneas con Dido, uniendo así nuestros pueblos en uno?

Pronto comprendió Venus el ardid de Juno y viendo que aprovecharía a su hijo aprobó las resoluciones de la vengativa diosa. Entonces, puestas de acuerdo, hicieron valer su influencia cerca de los futuros esposos hasta que consiguieron casarlos.

Pero la Pama, que es el más veloz de los males, propagó rápidamente la noticia por todas las tierras, llegando a conocimiento



del Rey Jarbas, antiguo pretendiente rechazado por Dido, el cual, encolerizado, sintiendo más hondo que nunca el desprecio de la reina, penetró en un templo dedicado a Júpiter y dijo al dios:

—Oh Júpiter! ¿Ya no te ocupas de lo que pasa en la tierra? Vuelve tu mirada hacia la ciudad de Cartago y dime si has hecho justicia permitiendo que Dido, que a mí me despreció por esposo, después de dar a su ciudad tierras nuevas y leyes, se case con un príncipe extranjero que ha tiempo anda errante por los más extensos mares. ¿Es esta la justicia por tí prometida? Oyó Júpiter la queja de Jarbas e inmediatamente llamó a su hijo Mercurio y le dijo:

—Ve presto a Cartago, hijo mío, y dí al caudillo troyano, que por lo visto no se decide, continuar la ruta que los dioses le marcaron, que no fué para esto para lo que su madre Venus le salvó tres veces de una muerte segura a manos de los griegos, sino para fundar en Italia una ciudad que con el tiempo asombrará al mundo. Marcha, y dile de mi parte que navegue. Es todo.

Así habló Júpiter y al momento partió Mercurio, llevado por el viento, hacia Cartago para comunicar la embajada a Eneas, al cual halló, vestido con la túnica tiria, dirigiendo las obras de la nueva ciudad. Y al punto le dijo:

—¿En qué piensas, desventurado Eneas? ¿Ya te has olvidado de los altos destinos que te prometieron los dioses? Mientras colocas los muros de una ciudad que no es la tuya, sólo por capricho de tu esposa, abandonas tu propio reino y te olvidas de los tuyos. ¿No te remuerde la conciencia por hechos tales? Es el mismo dios Júpiter quien te ordena que abandones estas tierras y navegues de nuevo rumbo a Italia.

Y diciendo esto se desvaneció en el viento dejando al bravo Eneas atónito y sin habla. Entonces, sabiendo el enorme disgusto que se le varía Dido al saber la noticia de su marcha, llamó en secreto a los caudillos que más gozaban de su confianza y les dio orden de preparar sigilosamente las naves para la partida.

Sin embargo, y a pesar del secreto con que fueron llevados los preparativos, no tardó en enterarse la reina, llenándola la noticia de inmenso dolor. Y también sufrió mucho el piado so Eneas al ver sufrir a su esposa, pero nada pudo hacer por consolarla.

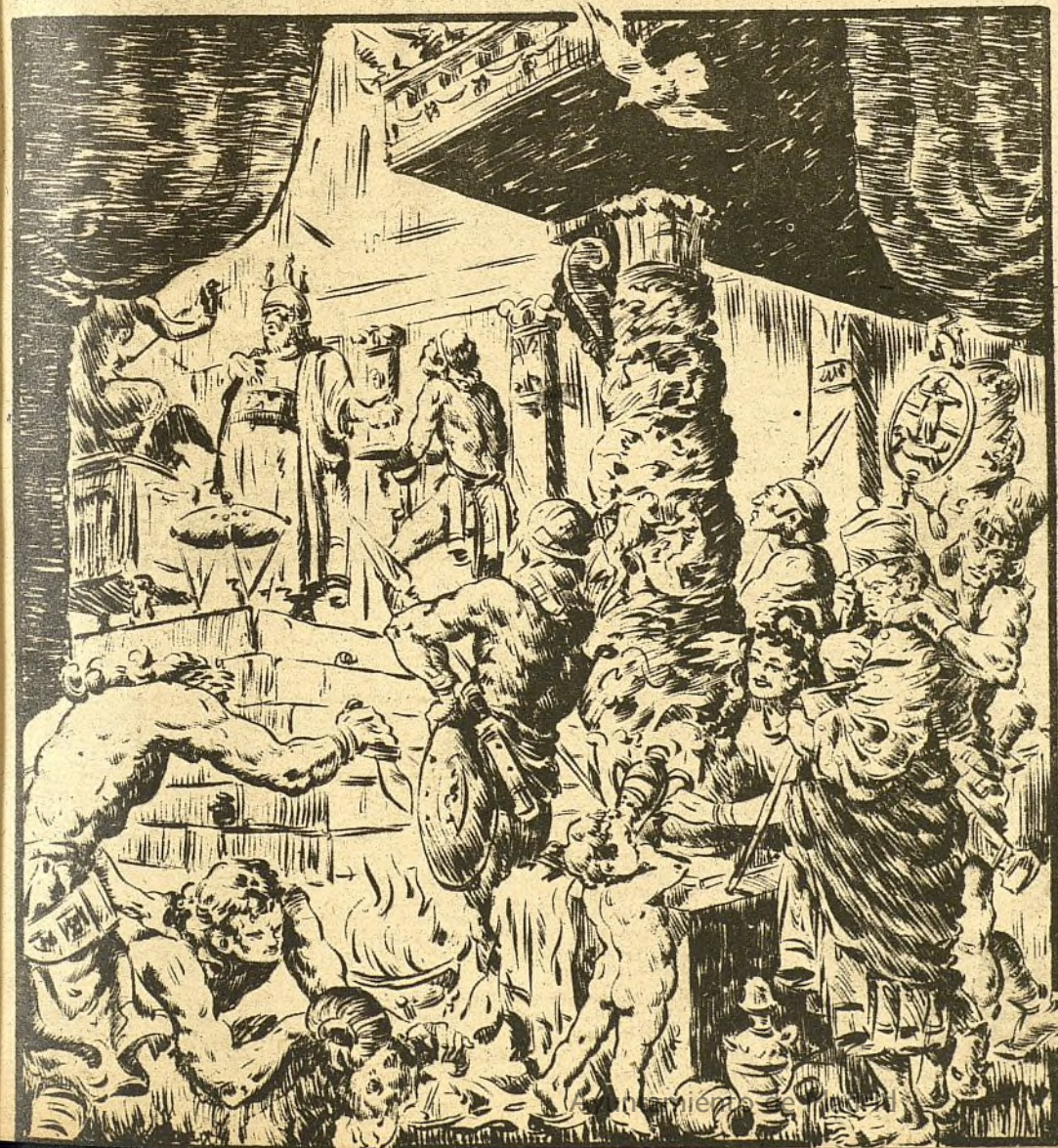
Así, pues, prepararon las naves rápidamente y a los pocos días, cuando la aurora asomaba la flota se puso en movimiento. Pero apenas salidos del puerto vieron alzarse una terrible hoguera en el mismo centro de la ciudad, hoguera que a todos llenó de negros presentimientos. Era la infeliz Dido, que habiéndolo visto partir desde lo alto de su palacio, no pudiendo contener su dolor, había levantado un gran pira de leños en uno de los patios y había dado ella misma la muerte con la espada de Eneas.

Este fué el triste fin de la caritativa reina a quien el divino destino de Eneas impidió su feliz.

VII.—Visita al infierno

Al cabo de algunos días de navegación llegaron los troyanos a Italia, pero no sin que antes tuviesen que lamentar otra terrible desgracia. La muerte del gran piloto Patianuro, que rendido por el sueño cuando pilotaba la nave, cayó al mar y desapareció bajo las crueles ondas.

En cuanto arribaron las naves a la orilla Eneas se dirigió a la gruta de la Sibila que Heleno le había recomendado en la ciudad de Bototro. Aquella gruta era la puerta por donde





se entraba a la región de los muertos, por lo cual el divino Eneas, que deseaba ardientemente poder abrazar a su querido padre Anquises, pidió a la Sibila que le llevase a su presencia, a lo que contestó la vieja:

—Fácil es descender al Averno. Muchos lo han conseguido; pero salir es lo difícil. Espesas selvas ocupan su parte central y el río Cocito le circunda con su negra corriente. Pero si tanto empeño tienes en visitarle, a pesar de los peligros expuestos, escucha lo que tienes que hacer. Escondido en un árbol del bosque, mezclado con las otras verdes ramas, hay un pimpollo cuyas hojas son de oro. Para entrar en las regiones infernales es necesario que le encuentres y me lo traigas. Asimismo no te será permitida la entrada sin que antes hayas enterrado a un compañero muerto que con su cadáver inficiona toda la flota. Esto le dijo la Sibila y al instante Eneas descendió a la

playa a enterarse de quién era el muerto, pues lo ignoraba. Este resultó ser Miserio, que se había ahogado entre las peñas del espumoso mar. Y al punto se apresuraron todos a cumplir las órdenes de la Sibila, para lo cual se internaron en el monte, buscando árboles con que formar la pira fúnebre.

Ocupado en este menester se hallaba Eneas cuando cerca vió posarse dos palomas. Erán aves sagradas de su madre, enviadas por ella misma para ayudarle a encontrar el ramo de oro. Pronto remontaron el vuelo y entonces Eneas las siguió hasta que se posaron en la copa de un árbol, en el que resplandecía el color del oro, no tardando en hallar el ansiado ramo, al que transportó inmediatamente a la gruta de la Sibila.

Mientras tanto, en la ribera, los piadosos compañeros de Miserio, colocaron su cuerpo en la pira y cuando ya el fuego se extinguió, quedando sólo las cenizas, lavaron los huesos con vino y los encerraron en una urna de bronce. Y luego el mismo Eneas erigió un sepulcro en el que depositó las armas del héroe, justamente al pie del monte que ahora lleva el nombre de Miserio.

Y una vez cumplidos todos los requisitos necesarios fué en busca de la Sibila y ambos descendieron a las regiones infernales, donde tantas maravillas le aguardaban. Primero cruzaron el vestibulo, donde moraban las pálidas Enfermedades, la triste Vejez, el Miedo, el Hambre, la fea Escasez, la Muerte y su hermano el Sueño, la mortífera Guerra, y la insensata Discordia, cuya cabellera era de víboras. Y también habitaron allí fantásticos monstruos, tales como Centauros y Harpías.

Viendo todo esto invadió a Eneas un súbito pavor e intentó atacarlos con su espada, pero enterado por la Sibila de que sólo eran fantasmas, desistió de sus propósitos.

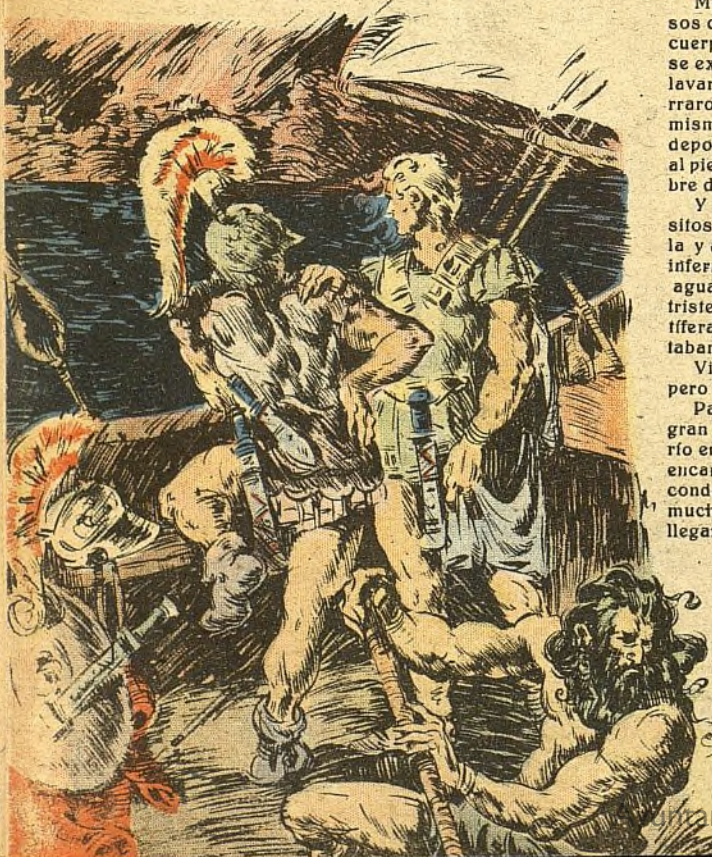
Pasado el vestibulo llegaron al camino que conducía al Aqueronte, donde hervía un gran pozo de barro que constantemente vomita la arena en el Cocito. Barquero de este río era Caronte, horrendo viejo de blancas barbas y vestidos andrajosos, el cual estaba encargado de pasar de una a otra orilla del río, en una frágil barquilla, los cuerpos de los condenados. Cada vez que regresaba con la barca vacía se lanzaban hacia él verdaderas muchedumbres de almas y de cuerpos, tantas como las hojas que caen de los árboles al llegar el otoño, o como las aves que huyen en el invierno a través de los mares buscando climas mejores. Y todas querían ser las primeras en embarcar, pero Caronte elegía las necesarias y el resto las apartaba lejos de la orilla.

Entonces habló la Sibila:

—Todo este inmenso tropel de almas que Caronte rechaza pertenecen a cuerpos que no tienen sepultura. Solamente los que han sido enterrados pueden cruzar el río; los otros tienen que esperar cien años, al cabo de los cuales les es permitido vadear las deseadas aguas.

Maravillado y conmovido de aquel triste espectáculo se hallaba Eneas, cuando acerió a distinguir entre la multitud de almas, al fiel Orontes, caído al agua durante la tempestad, y a Palianuro, el cual, luego de abrazarle le rogó llorando que buscase su cuerpo, perdido por alguna playa de la costa italiana, y le enterase, pues mientras tanto no podría cruzar la laguna estigia.

Así se lo prometió el piadoso Eneas y luego de despedirse del amigo, no sin gran pena, pasaron a la otra orilla del Cocito. Allí les impidió el paso el inmenso Cerbero, monstruo de tres cabezas, que con su triple ladrido asordaba el reino.



puediendo así burlarle. En el umbral primero sintieron gran algarabía de voces y lamentos. Eran las almas de los niños que no habían conocido la vida. Cerca de ellos estaban los condenados por un supuesto crimen, y los suicidas, que se habían dado la muerte por su propia mano.

En seguida llegaron al campo de los Lloros, llamados así porque en ellos moraban los que habían muerto a causa de un gran amor. Aquí encontró a la fenicia Dido, fresca aun su herida, vagando por la gran selva. Y acercándose la dijo:

—¡Desventurada reina! Ya veo que es cierta la noticia que me dieron de tu muerte, pero yo te juro por las estrellas y los dioses que sólo a la fuerza abandoné Cartago. A ello me obligaron los mismos mandamientos que ahora me obligan a viajar por estas sombras.

Pero Dido, sin hacer caso ni de sus lágrimas ni de sus lamentos, continuó andando hacia la selva de mirtos, en donde Siqueo, su primer esposo, correspondía a sus culpas e igualaba su amor.

Salidos del campo de los Lloros no tardaron en llegar al Flagetón del Tártaro, donde entre rocas y peñas se alzaba una torre de hierro macizo, la cual vigilaba día y noche, ceñida de un manto sangriento, Tisífone. En dicha torre sólo se escuchaban el chasquido de crueles azotes y angustiosos gemidos. Y como preguntara Eneas la clase de crímenes que allí se castigaban, contestó la Sibila:

—Estos reinos los gobierna Radamante el Gnosio y en ellos se castigan a todos los que cometiesen culpas en la tierra. Tisífone es la encargada de azotarlos y no les da momento de reposo. Aquí penan sus culpas los Titanes, gigantes nacidos de la sangre que Urano derramó sobre la tierra; yacen en el fondo del abismo fulminados por el rayo. También están los dos hijos de Alco, muertos por Diana y Apolo, por declarar la guerra a los dioses cuando apenas



contaban nueve años y pretender expulsar a Júpiter de su trono. Asimismo se encuentra Salmoneo, hijo de Eolo, que imitaba los rayos de Júpiter y los truenos del Olimpo, por lo que el dios de los dioses le lanzó un rayo que le sepultó en el abismo. Y finalmente, se hallan los que en vida odiaron a sus hermanos, los hijos que pegaron a sus padres, los que traicionaron a sus amigos, y la interminable muchedumbre de avaros.

Los castigos son muy varios y crueles. A unos los despeñan en profundas simas, mientras que a otros los descuartizan en grandes ruedas dentadas. Hay condenados que están hambrientos y tienen a su lado una mesa de oro repleta de suculentos manjares, pero no los pueden probar porque se lo impide una de las Furias.

Esto dijo la Sibila y luego continuaron caminando por la oscura senda. Así llegaron a más apacibles lugares, cubiertos de amenos vergeles, donde moraban los bienaventurados. Unos se ejercitaban en sus juegos; otros comían apaciblemente tumbados en la verde hierba.

No tardó Eneas en hallar a su amado padre, al que abrazó conmovido. El terminó de enseñarle todos aquellos parajes, explicándole el significado de cuanto veían. Y luego, después de predecirle las cruentas guerras que le aguardaban en Italia hasta conseguir el definitivo triunfo, le acompañó hasta la misma puerta de marfil blanco por donde había de salir, y no



sin llorar largamente abrazados, se despidieron, tornando Eneas a las naves donde le esperaban impacientes sus bravos compañeros.

VIII.—Turno frente a Eneas

De nuevo el viento tornó a empujar sus naves, y cuando ya el día alboreaba, se hallaron frente a umbroso bosquecillo surcado por el caudaloso Tíber.

En sus verdes márgenes anclaron la flota y se dispusieron a comer, extendiendo por la hierba, a manera de mesas, grandes tortas de flor de harina sobre las que pusieron los manjares. Pero el hambre era tanta y los viveres tan escasos, que al terminarse partieron las tortas y también se las comieron. Entonces, inocentemente, exclamó el pequeño Ascasio:

—¡Nos comemos nuestras propias mesas!

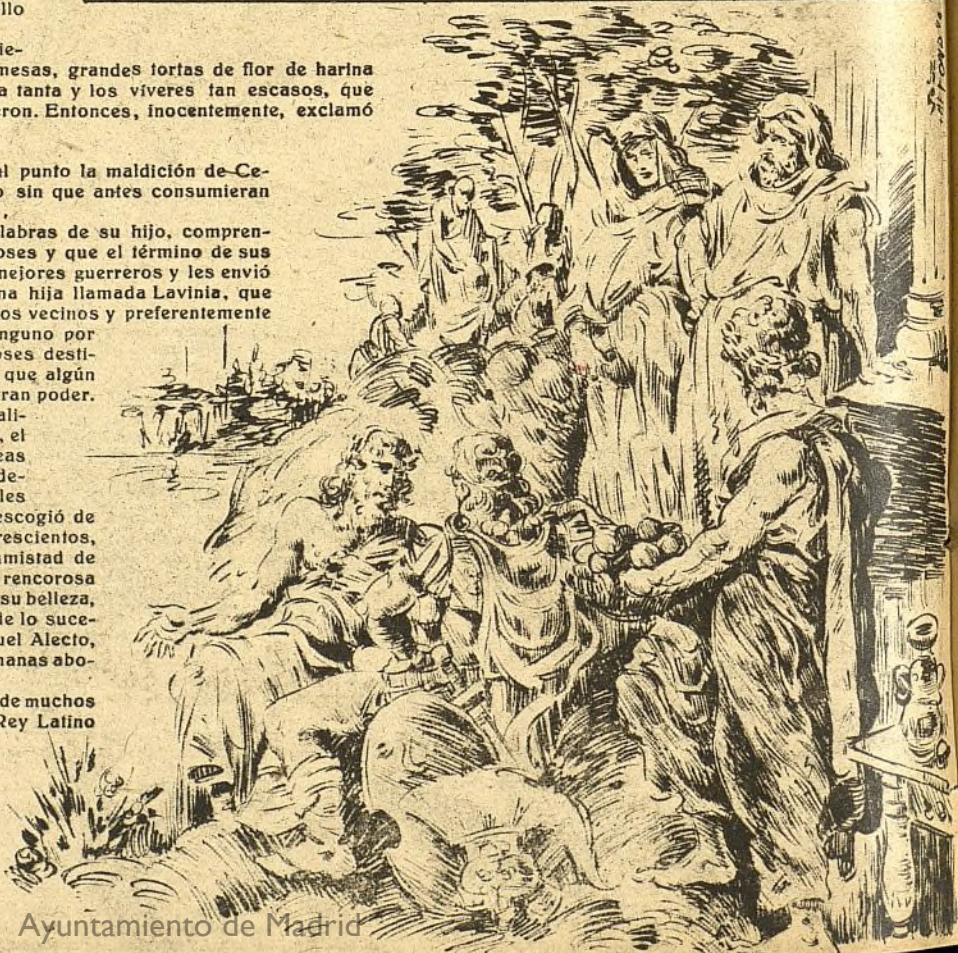
Sólo Eneas prestó atención a la frase, recordando al punto la maldición de Celeno, cuando les dijo que lograrían llegar a Italia, pero no sin que antes consumieran sus propias mesas.

Así, pues, el divino Eneas, merced a las inocentes palabras de su hijo, comprendió que aquellas eran las tierras prometidas por los dioses y que el término de sus trabajos estaba próximo. En seguida escogió a los cien mejores guerreros y les envió con una embajada para el Rey Latino. Este rey tenía una hija llamada Lavinia, que había sido prometida por todos los príncipes de los reinos vecinos y preferentemente por Turno, Rey de los Rótuos. Pero Latino no quiso a ninguno por yerno, porque los oráculos le habían revelado que los dioses destinaban a su hija para ser esposa de un príncipe extranjero que algún día llegaría al Legio, con lo que esta tierra alcanzaría gran poder.

Así, cuando la embajada de Eneas fué a pedirle hospitalidad y permiso para levantar los muros de la nueva Troya, el buen rey les concedió todo de buen grado, pues en Eneas creyó adivinar a su futuro reino, el cual había de engrandecer el linaje latino hasta los mismos astros. Y haciéndoles saber las condiciones en que se hallaba su hija Lavinia, escogió de su cuadra los mejores caballos de que disponía, en total trescientos, y se los envió como presente a Eneas. Pero esta pronta amistad de los dos pueblos no tardó en malograrse. De nuevo la rencorosa Juno, que no podía olvidar el desprecio que hizo Paris de su belleza, intentó desbaratar los planes troyanos. Apenas enterada de lo sucedido corrió a las mansiones infernales en busca de la cruel Alecto, fomentadora de guerras, a quien su mismo padre y hermanas aborrecían por su maldad, y cuando la halló la dijo:

—A ti vengo en busca de ayuda. Los Enéadas, que desde muchos años son mis enemigos, han arribado a las costas del Rey Latino y pretenden casar a su caudillo con Lavinia, prometida de Turno, con el único fin de hacerse los dueños de todas las comarcas Italianas. Solamente tú puedes evitarlo, quebrando la paz convenida. Nada más fácil para ti que conseguir de la juventud latina que se oponga a este matrimonio y declare la guerra a los troyanos.

Esto dijo Juno y al instante Alecto se encaminó al palacio del Rey Latino para llevar a él a intranquilidad y el desasosiego. —(Continuará).





—¡Has de batirte, canalla!—vociferó. Me temes, pero has de hacerlo... He de jugar contigo y luego atravesarte. Sidonio al frente de algunos de los suyos penetró en la tienda.

—Todos están a tu merced—anunció. Encerrados en las tiendas... Deje a unos cuantos custodiándoles.

—Bien... Disfrázalos con la vestimenta de la soldadesca. En cuanto a mí... ¡La de mi primo me sentará a las mil maravillas!

—Pero... ¿qué os proponéis?



Una vez os hayáis disfrazado, llevadlos a todos a una misma tienda y encerradlos allí atados y amordazados. Que algunos de los nuestros queden vigilando el campamento también disfrazados.

—¿Y el botín?

Ocuparé mi verdadero puesto en el torneo. ¡Soy el legítimo rey de Modevia y por eso os traje al asalto de este campamento bajo pretexto de ser el más rico! Os colma-



ré a todos de riquezas... Obremos rápidos que el amanecer no está lejos, y también cerca los centinelas de las murallas, que no han de ver nada sospechoso al venir el día.

—¿Pero estás loco?...

—Cuerdo y bien cuerdo, Sidonio. Ya os lo probaré más tarde, aunque ignoro de qué modo.

—¡Hum! Yo pensaba ahorcar a unos cuantos, especialmente a uno de ellos que ha matado a dos de los nuestros. Es un viejo que lucha con la fiereza de un joven. Por fortuna no se le ocurrió gritar. Es un espadachín excelente. Alguien le llamó Mosteu.



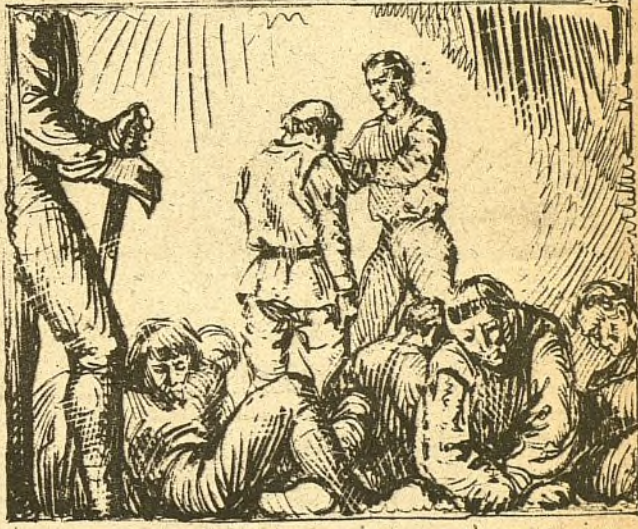
—¿Cómo?... ¿Qué has dicho? ¡Repite ese nombre!

La expresión de Sidonio era de intenso asombro al replicar. Marco asíndole de un brazo le sacudía frenéticamente.

—Sí, Marco. Mosteu. Así lo of yo mismo.

—¡Pronto! ¿Dónde está?... ¡Llévame a su presencia! ¿Está herido?

—Sígueme. Creo que sólo ha quedado sin conocimiento. Los dos hombres abandonaron la tienda. La expresión de Marco era anhelante y excitada. Ninguno fijóse en una sombra agazapada junto a la tienda que les vigilaba amparada por la oscuridad. Era Afmio, el fiel esbirro de Heriberto y que dormía junto a su señor en la parte exterior de la tienda, lo que le valió pasar desapercibido. Se relamía de gusto al pensar en la



recompensa que le valdría el gran servicio que podía prestar a su señor, y había oído las palabras de Marco. Sidonio condujo a Marco a una de las tiendas. Había allí varios servidores del usurpador atados de pies y manos y amordazados. Mosteu era uno de ellos, y estaba dando síntomas de recobrar el sentido cuando ellos entraron. Dos de los hombres de Sidonio les vigilaban.

—¡Sokadle!—ordenó el joven señalando a su viejo y leal escudero. Los bandidos obedecieron, y le pusieron luego en pie. Marco llegó junto a él y le sacudió excitado.

—¡Mosteu! ¡Mosteu! ¿No me reconoces? ¿No reconoces a tu discípulo?



Vamos, viejo amigo, vuelve en sí! Este abrió los ojos con expresión estúpida y quedó de súbito petrificado. Su grito fué de asombro y de alegría infinita. Arrodillóse gritando ante el joven.

—¡Marco! ¡Mi señor! ¡Mi Rey! ¡Oh, Majestad! ¡Ruego al Altísimo no me despierte de este sueño!

—Vamos Mosteu, levántate. No es sueño, sino realidad, que ahora no puedo explicarte. Háblame tú, que el tiempo apremia... ¿Cómo estás aquí?

llevaban la orden de dejarme vivo, y me llevaron ante el miserable Heriberto, que disfrazado aguardaba más allá... Me obligó a acompañarle y se presentó en la Corte como vos... ¡Canalla! A mí me necesitaba para que le contase vuestra vida y datos que le eran necesarios. Me negué rotundamente, intentó sobornarme, suplicó, amenazó, y si accedí a ello fué impulsado por dos razones. Confiaba en que os hallarais vivo, porque no os vi morir y... ¡yo era el único en Modevia que os reconocía! ¿Comprendéis, Marco?... digo Majestad. Además, los datos que me pedía se los facilitaba falsos. Le tengo en mis manos, pero necesitaba vuestra presencia. ¡Ahora, soy dichoso! No podía matarle como pensé algunas veces. Nunca estuve armado sólo con él, y estoy seguro de que dos de sus esbirros me vigilaban... No sabe reinar, y el pueblo está descontento, pero, yo Mosteu, el insignificante escudero, les llevaré a su verdadero rey.

Marco le oía emocionado. Le hizo levantarse a la fuerza.

—Vamos—rogó. El tiempo apremia. Ya te explicaré todo, tomaré parte en el torneo, ocupando el puesto que me corresponde. ¡Tú serás mi escudero!

—¡Bravo! ¡Oh, señor! Me dejaría hacer pedazos por vos.

—¡Ya lo sé, mi buen Mosteu, pero no es necesario... ¡A ver Sidonio! Que todos los esbirros de mi primo sean llevados atados y amordazados a la tienda mayor, y que queden algunos de los tuyos de guardia, disfrazados como te dije, para no despertar sospechas. Salí el aludido a dar las órdenes, y Marco llamó a uno de los otros, que no salían de su asombro.

—Es el rey de Modevia!—les había dicho Sidonio, cuando expresaron su asombro al observar la actitud del prisionero, dejándoles boquiabiertos. El aludido acercóse temblando. Recordaba que le tuvieron entre ellos como un ser inferior. Ahora no podía con su vergüenza.

A sus pies, Alteza... Majestad... Perdonad, Excelen-



El pobre se hacía un lío con los tratamientos y no acertaba a expresarse. Marco habló con él unos momentos y luego aquel marchó. Se dirigió a la tienda mayor donde estaban llevando a los prisioneros y allí buscó al príncipe y le desnudó, colocándole sus propias sucias prendas, que cambió por las de un soldado. Luego, tras atarle y amordazarle concienzudamente le hizo volver en sí, iniciando en seguida una conversación con uno de sus compañeros.

—Dos de los nuestros han caído—rezongó. Los mató un viejo que luchaba como un demonio, aunque éste ha ido a hacerles compañía... Es un tal Mosteu. Los hemos enterrado a los tres juntos. Ni qué decir tiene que el furioso usurpador no perdió palabra, con cierto alivio, de la conversación

(Continuará)

PELINES

Navegante

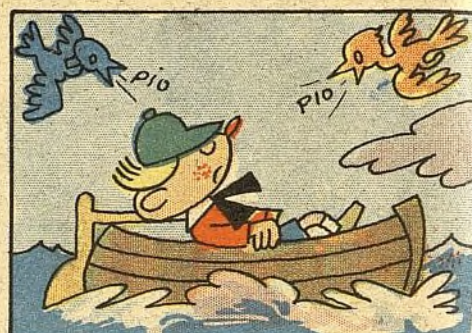
POR
GLORIA
FUERTES.



1. Te lo cuento porque opines lo que sucedió a Pelines.



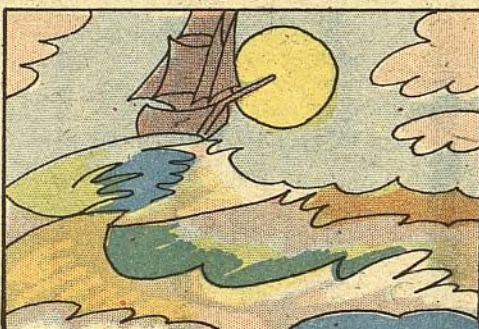
2. Con su lancha el otro día, paseaba por la ría.



3. Acunado por las aves, se duerme sobre sus naves.



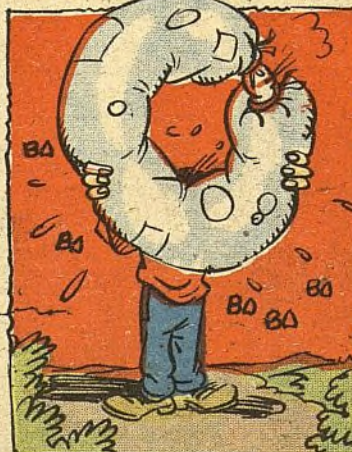
4. La ría le lleva al mar, y él duerme en su navegante.



5. Mientras llora el mundo entero, le busca un barco pesquero.



6. Feliz el viento le mece, ¡en una islita aparece!



CUENTOS DE

Mari-Pepa

Modelos 1946



Apenas pusimos el pie en la estación de San Sebastián, mi hermano José Antonio me dijo:

—¡Tengo unas ganas de zambullirme en el mar!

—Y yo, porque ¡hace un calor-citol!...—comenté.

—¿Creéis que hoy mismo nos dejarán bañarnos?—preguntó Santi.

—No sé—respondí dudando. Ya sabes que todos los años tropezamos con el inconveniente de que hay que deshacer las maletas, sacar los trajes de baño y todas esas zarandajas.

—Pues por mi parte—aseguró José Antonio—yo te prometo que esta misma mañana a las once estoy nadando en La Concha.

—¡Pero si son las diez y media y todavía no hemos salido del andén!

—Aun queda media hora—respondió mi hermano mayor—y de aquí a la playa, andando a buen paso, no habrá más de diez minutos.

—Pero ¿es que ni siquiera piensas ir a casa a lavarte?

—¡Uf, con la de agua que me sobra en La Concha!

Y luego, dirigiéndose a la abuelita que estaba algo aturullada con el ir y venir de las gentes y el jaleo de equipajes y mozos, le dió el siguiente encargo:

—No os preocupéis por mí. Di a papá y a mamá que a la hora de comer estaré en casa como un clavo.

Y sin esperar a que la abuelita pudiera contestarle, se escabulló entre el gentío que abarrotaba la salida.

—Ven conmigo—dijo a Santi cogiéndole de la mano. Si él se va a la playa, nosotros iremos con él.

Al principio era tal la aglomeración de gentes en la salida, que no veíamos a nuestro hermano mayor. Ya luego en la calle distinguimos su silueta cruzando el puente de María Cristina y le llamamos a grandes voces:

—¡Eh, José Antonio!

¡Eh, José Antonio!

Se volvió, se detuvo y aguardó a que estuviéramos junto a él.

—¿Por qué venis?—preguntó.

—También nosotros queremos bañarnos. ¿Muy mismo—respondí yo.

—Está bien—dijo nuestro hermano mayor—pero luego no me echéis a mí la culpa por haberos llevado conmigo. Si hay riña en casa o castigo, o algo, tendréis vuestra parte correspondiente. Pensadlo bien. Todavía estáis a tiempo de volver a la estación.

—Hace tanto calor—suspiró Santi—que yo prefiero bañarme primero, y luego.... ¡que sea lo que Dios quiera!

—Entonces no hay más que hablar—concluyó José Antonio echando a andar.



Y le seguimos a buen paso hasta llegar al paseo de La Concha, tan sombrío como siempre con sus tamarindos verdes, donde los señores y señoras de edad que no gustan de la humedad y del calor de la playa, pasan sus mañanas contemplando el mar y los balandros de la bahía. Y La Concha se presentó a nuestros ojos con todo su alegre colorido de toldos rayados y banderas flameando al viento. Y el azul del mar con sus olitas blancas, surcado de velas. Y la apiñada multitud en la arena o en el borde del agua, yendo y viniendo, saltando, chapuzándose y llenando el aire de un rumor de gritos y voces. De cuatro en cuatro bajamos la escalerilla.

—¿Tenéis dinero para la cabina y para alquilar un traje de baño?—nos preguntó José Antonio, yéndose a colocar ante la taquilla de los billetes. Santi y yo nos miramos perplejos.

—No, yo no tengo ni cinco céntimos—contesté.

—Ni yo—añadió el pequeño.

—Pues siento no poderos prestar el dinero—dijo nuestro hermano mayor—yo tengo justamente para mi billete y mi traje, y no me sobra más que una gorda.

—¿Qué hacemos entonces?

—¡Ah, no sé!—respondió José Antonio. Yo no puedo hacer nada por vosotros.

Y se fué a la cabina para ponerse el traje de baño. Santi y yo quedamos en el voladizo, tan fastidiados al ver fallidas nuestras esperanzas, que ni siquiera se nos ocurría descalzarnos y bajar a la arena. De repente, Santi tuvo un arranque.

—Ven, Mari-Pepa. El dijo que a las once en punto estaría en el agua. Pues nosotros no vamos a ser meuos.

Tiró de mí y le seguí maquinalmente. Y así, vestidos y calzados como estábamos, nos fuimos hasta la orilla y nos zambullimos en una ola.

Cuando José Antonio fué a bañarse y nos encontró nadando con chaqueta y todo, se enfadó muchísimo y dijo:

—Sois unos locos. ¿Cómo vais a volver a casa?

—Pues tomando el sol y secándonos un poco—respondió Santi.

Y yo añadí:

—¡Qué riquita está el agua!

Lo más gracioso de todo fué que al salir del baño, un paleta y una paleta que estaban en la orilla contemplando a los bañistas, nos miraron con cara de asombro. Y la mujer, dando un codazo al marido y señalando hacia nosotros, dijo:

—¡Huy, y qué bañadores tan raros se ven en estas playas! ¡Debe estar el agua muy fría, porque hasta, con chaqueta entran en ella!

Mari-Pepa.



DIALOGO TONTO



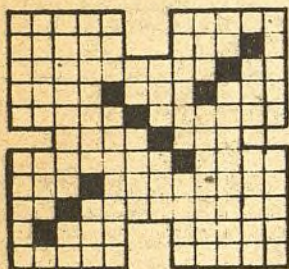


INGENIO INFANTIL



CONCURSO PERMANENTE

CRUCIGRAMA



HORIZONTALES.—1. Moneda de plata costarricense. Persona mestiza de negro y blanca. 2. Cuadro para contar. Baile Andalúz. 3. Manía religiosa. Símbolo. 4. Arraigar. Rey de Hedjaz. Silo. 5. Planta que abunda en el Nilo (disminutivo). Tasar a dinero. 6. Tribu india de la Tierra de Fuego. De esta manera. 7. Finalizar. Mamífero roedor. 8. Fruto de la anona. Familia de insectos lepidópteros. 9. Nota. Género de moluscos lamelibranquios. 10. Escuchaba. Defectos. 11. Paraje cerrado y cubierto. Labraré.

VERTICALES.—1. Solar sin edificar. Granja en el campo. 2. Grueso. Letra griega. 3. Pinzas cortantes. Flauta turca. 4. Instrumento musical. Hueso de la cadera. 5. Pronombre. Nativo. 6. Interjección. Madre de Isaac. 7. Onda. Igualdad en la superficie. 8. Alimento principal. Crema. 9. Pequeña vela. Poner espita. 10. Balido. Fecundo en criar. 11. Grupo de tropa regular indígena. Pasar un líquido por el paño. 12. Llevar a remolque una embarcación. Tostase.

Rafael Pulido Rueda

Huerto de Monjas, 20-24.—Málaga.

CHISTE

—¿No te da vergüenza tan pequeño como eres, pasear con un cigarrillo en la boca?
—¿Y dónde quiere usted que lo lleve, señora?

Juan Antonio Landía

General Mola, núm. 3, principal.—Burgos.

CURIOSIDADES



Las primeras sombrillas se vieron en París, por el año 1662.

Antonio del Arco García

Cardenal Cisneros, 76.—Madrid.

AL CAUDILLO

Ya se acerca, o es ya llegada la edad gloriosa en que promete el cielo una grey y un pastor sólo en el suelo, por suerte a vuestros tiempos reservada. Ya tan alto principio en tal jornada os muestra el fin de vuestro santo celo, y anuncia al mundo para más consuelo un Caudillo, un Imperio y una Espada. Ya el orbe de la tierra siente en parte y espera en todo vuestra jerarquía conquistada por vos en justa guerra. Que a quien ha dado Cristo su estandarte, dará el segundo más dichoso día en que vencido el mar, venza la tierra.

Albino Lorente

30 de Septiembre núm. 21.—Caspe (Zaragoza).

CHISTE



¡Tan ricamente!—Ya te lo decía yo Javier; vámonos al campo todos los domingos y verás cómo descansas del trabajo de toda la semana.

Luis de Andrés Merino

Avenida del Generalísimo, núm. 5.—Ocaña (Toledo).

ANÉCDOTA



Hallándose Carlos V padeciendo un fuerte ataque de reuma, que le hacía andar con gran dificultad, se le acercó el conde Buren, y disimulando una sonrisa, le dijo con equívoca intención: —Siento, señor, que el imperio cojee. A lo que respondió Carlos V: —No olvides que no los pies, sino la cabeza, es la que gobierna al Estado.

P. Josefa González

José Antonio, núm. 19.—Infantes (Ciudad Real).

CURIOSIDAD

Un avestruz puede tragarse una docena de naranjas antes de que la primera de ellas haya alcanzado la extremidad inferior de su cuello. Esto es muy práctico para observar la velocidad de la digestión de este animal.

Francisco Pascu I

Carnicer, núm. 15.—Madrid.

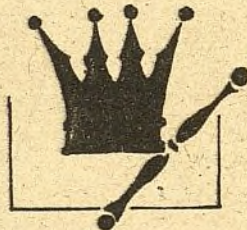
CHISTE



—¿Cómo ha ido la caza?
—Muy bien. Hoy traigo el perro vivo.

Antonio López Brea

ABDICACIONES REALES



La primera abdicación de que nos habla la Historia es la de Diocleciano, emperador romano en 305. En España la primera es la del rey goda Wamba en 680. En España han abdicado trece reyes y tres reinas. De aquellos, dos, Felipe V y Fernando VII, volvieron a reinar.

Alejandro Fernández Pombo

Ancha, núm. 5.—Mora (Toledo).

ACERTIJO

—¿En qué se diferencia un árbol de un borracho?
—En que el árbol empieza por el suelo y termina en la copa; y el borracho empieza en la copa y termina en el suelo.

Juan Antonio Landía

General Mola, núm. 3, principal.—Burgos.

CHISTE



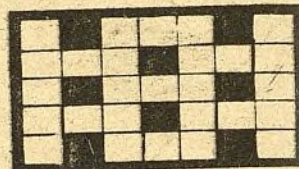
Por teléfono.—Señor profesor, mi hijo no podrá asistir hoy a clase por encontrarse enfermo.

—Bueno; ¿pero, con quién hablo?
—Con mi padre.

Manuel Martínez Martínez

Conde de Alta, números 13-10, principal.—Valencia.

CRUCIGRAMA SILÁBICO



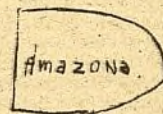
HORIZONTALES.—1. Naipe. Asteroide. Vocal. 2. Dinero cambiado en monedas menudas. Animal invertido. 3. Negación. Nombre de mujer. Aumentativo. 4. Emperador del Japón. Ramal de los Alpes. 5. Preposición. Movimiento violento del aire. Símbolo químico.

VERTICALES.—1. Relativo a la Astronomía. II. Interjección familiar. Lo mismo. III. Amadora en extremo. IV. Letra. Repetido, hijo del Sueño. Nota. V. De la provincia de León. VI. Sociedad Anónima. Símbolo químico. VII. Relativo a los nombres.

Rafael Pulido Rueda

Huerto de Monjas, 20-24.—Málaga.

JEROGLIFICO



¿Qué se vende?

Albino Lorente

Calle 30 Septiembre, 21.
Caspe (Zaragoza).

CURIOSIDADES

En ciertas regiones del Canadá las empresas ferroviarias, para limpiar de nieve y hacer transitables las vías, deben gastar de 75 a 300 dólares por milla de riel.

Muchas calles de Río Janeiro tienen pavimentos formados por mosaicos, que constituyen hermosos y decorativos dibujos.

Servando Suero Sánchez
13 años

Carava Alfa. Asturias.

V.T. NOTA

¿Qué te dijo tu papá?

Loli Montano (15 años)

Marqués de Leganés, 7.—Madrid.

Soluciones al número anterior

Al crucigrama de R. P.—Horizontales y verticales: 1. A. Ar. 2. Parar. 3. Casimir. 4. Apoliosis. 5. Paginar. Safis. 6. Tivoli. Alon. 7. Cararalas. Ter. Caa. 8. Acorar. Bo. Ay. 9. Salad. 10. Ani. Oc. 11. Atar. 12. Sula.

Al jerooglífico de M. L. O.—Candorosa.

Al jerooglífico de E. A. N.—Me dió la vuelta en cuartos.

